



MARÍAS, Clara: *Conversaciones en verso. La epístola ética del Renacimiento y la construcción del yo poético*, Berlín, Peter Lang, 2020, 370 págs., 7 il., 4 tablas, (Studies on Romance Literatures and Cultures, 9). ISBN 978-3-631-80487-2.

J. Ignacio Díez Universidad Complutense

La atención sobre un género tan interesante como la epístola en verso de los Siglos de Oro había mostrado algún decaimiento durante el último decenio, a juzgar por la cantidad de estudios publicados. Quizá una de las razones que expliquen esa menor presencia en libros y revistas sea la profusión de trabajos en la década anterior, cuando se alcanzó un cierto cenit con dos aproximaciones muy completas y muy distintas que firmó un amplio elenco de especialistas y que se concretó en dos volúmenes, editados respectivamente por Begoña López Bueno y José Lara Garrido, separados por un lapso de solo dos años. Seguramente ese infatigable asedio produjo la sequía que puede seguir a los trabajos que crean la sensación de haber agotado un tema o que de hecho provocan que el acceso a las áreas oscuras paradójicamente sea un poco más difícil por el alto nivel de exigencia demostrado. Por eso, el estupendo estudio de Clara Marías no solo pone fin a esta suerte de extraña tregua, sino que además lo hace con una aportación de primer orden, muy completa y ciertamente original.

Queda mucho por decir sobre un género que se suele conocer, desde que Elias L. Rivers así lo bautizara, como la «epístola horaciana», rubro que con el paso del tiempo se ha vuelto incómodo en gran parte, como lo demuestra el hecho de que Marías haya procedido a un nuevo paso por el Jordán para que los textos ahora respondan a la etiqueta de «epístola ética». Es verdad que la visión de Marías es más amplia que la de Rivers, por más que en su estudio haya trazado con una mano firme los límites del corpus con el que trabaja, y que por eso los dos marbetes no terminen de coincidir del todo, intención obvia para que el libro de Marías avisara desde su mismo título de que no iba a seguir por la nada escondida senda de Rivers. Pero

también lo es que buena parte de la carga conceptual de la epístola «horaciana» se ha volcado en la epístola «ética», como podrá suponer cualquiera que recuerde que la horaciana también solía ser conocida como «epístola moral». No me detengo en una pedagógica comparación entre ética y moral, pues, entre otras cosas, Marías ha reforzado, ya desde el subtítulo, esa inequívoca voluntad de ampliar un territorio ya conocido, explorando también textos un tanto recónditos, y esa voluntad al mismo tiempo quiere mantener un vínculo reconocible que a veces es superado y otras retomado, en función de esa expedición que en el amplísimo campo de la epístola en verso no solo persigue los contenidos éticos sino también «la construcción del yo poético» (mucho mejor que el del «yo lírico», tan poco lírico en el género epistolar). Ya Gonzalo Sobejano, hace más de tres décadas, en una primera aproximación publicada en *Ínsula* a las epístolas de Lope valoraba la parte filosófica o ética sobre la literaria o estética, cuando afirmaba que «inclinadas a la confidencialidad, descubren estas epístolas de Lope de Vega la primacía del hombre ético sobre el estético». El doble camino se trenza de manera muy documentada y con argumentos bien calibrados, pero tanto en uno, la ética, como en el otro, el yo poético, pesan dos de las notas más características y definitorias de la llamada epístola horaciana.

Así pues, ese enlace con la tradición crítica previa, ineludible en cualquier estudio literario, es evidente, pero también lo es el deseo de ir mucho más allá, aunque sea con un procedimiento un tanto paradójico, pues se trata de aumentar la lente con la que se observan los fenómenos literarios a base de fijar un corpus claro y limitado (de diversas formas) y de intentar echar así una primera piedra muy sólida para levantar un nuevo edificio crítico. Ese esfuerzo es titánico, diría yo, y se percibe desde esa organización tan cuidada que atraviesa todo el libro de principio a fin. Me parece que hay que acudir a una preocupación auténticamente científica en la autora (frente a ese cientifismo de pega que a menudo ha teñido los estudios literarios y que se limitaba en el mejor de los casos a confundirse con el rigor, imprescindible en las llamadas Humanidades) a la hora de la precisión, pero sobre todo por el cuidadosísimo trazado de las condiciones que componen el libro: estudiar un corpus de treinta y cuatro epístolas de catorce autores a base de comparar distintos elementos que son en buena parte objetivos u objetivables y, sobre todo, medibles. Eso explica la cantidad y calidad de las cuatro «tablas» y su colocación al principio de cada una de las tres partes en que se organiza el volumen. Las tablas, de una utilidad innegable, no impiden que las ideas que Marías ha conseguido concretar y resumir de una manera tan admirable como plástica se desarrollen en largos párrafos de escritura tan clara como erudita, donde el lector no se pierde nunca a pesar de increíble aluvión de datos, nombres, fechas y títulos que se manejan en torno a una constante comparación de las casi tres decenas y media de poemas y de la casi decena y media de poetas. Los elementos que se comparan y que se estudian con verdadero primor han sido muy bien elegidos hasta producir en el lector la sensación de que el volumen ha adoptado todos los puntos de vista posibles o al menos todos los puntos de vista necesarios para expresar hasta la última nota de la información. Es otra cuestión, sin embargo, si ese afán clasificador y comparatista es siempre igual de útil para perseguir la parte ética y la parte del yo poético, pues es fácil sentir que Marías se deja dominar por una pasión clasificadora

que el lector, como es mi caso, bien puede compartir con gusto, pues el exceso de celo y de aguda precisión sin duda es uno de los grandes placeres.

El estudio, que se autoinserta en las «monografías panorámicas» (20), dedica su primer capítulo a fijar el corpus de trabajo con el cuidado con el que habitualmente lo hacen los lingüistas y así descarta las epístolas amorosas, las epidícticas o de elogio, las satíricas, las metaliterarias y las que son solo personales. A su vez las epístolas se pasan por el cedazo de unas fechas, no de los poemas (dada la dificultad para determinarlas), sino del nacimiento de los poetas, que se fijan entre 1480 y 1530, con lo que Marías sabe que deja fuera a algunos de los más significativos cultivadores del género (como Aldana, nacido en 1537; de la Cueva, en 1542; o Barahona de Soto, en 1548), pero el sacrificio hace ganar en coherencia. Y por último esas epístolas, junto a las limitaciones temáticas y de cronología, deben estar escritas en castellano y ser accesibles con cierta facilidad. El cuádruple criterio se explica con todo lujo de detalles sobre los textos que sí se van a estudiar y también sobre los que no. Creo que es imposible dibujar mejor lo que antes se valoraba tanto y que se llamaba el «objeto de estudio» y que deja un corpus amplio y más que suficiente, pues sus casi seis mil versos permiten trazar multitud de relaciones muy pertinentes.

Los dos capítulos siguientes recogen los primeros resultados del estudio, que se completarán en una suerte de segunda parte en otra monografía. Los «textos, autores y destinatarios» del segundo capítulo son presentados de manera sumaria en la tercera tabla (80-88), de cuyos criterios me han resultado más interesantes los que tienen que ver con el «inicio y extensión de las epístolas» (la media son 172 versos), los treinta y cuatro destinatarios («todos menos dos son masculinos», 101), «la edad epistolar», las «conexiones entre los personajes del corpus» (con su «mapa», 132) y los mecenas, pero el lector tiene mucho donde elegir, en una aproximación que quiere explorar exhaustivamente los factores que definen un corpus perfectamente delimitado. En el capítulo tercero, sobre el «sujeto poético», la tabla (181-182) funciona como una carta de navegación a través de las tres «configuraciones» (psicológica, ética y literaria) con sus respectivos tres valores: el lector asiste encantado a una variación de hasta nueve elementos para definir las treinta y cuatro epístolas. Con muy buen criterio la autora, tras el resumen que permite ver las interesantes posibilidades del análisis, decide ofrecer el estudio detallado de un puñado de epístolas, también con otra variación reveladora: «cinco epístolas sin respuesta y siete correspondencias» (183). Lo sugerente de la propuesta está a la vista y creo que los peligros también, entre los que entresaco dos, de los que Marías es muy consciente, pues se detiene en las precauciones para evitarlos: la correspondencia del «yo poético» y del «yo autorial» y los problemas de calidad o de inteligibilidad (183 y 200). El análisis se vuelve lento en las comparaciones, para destacar reiteraciones y novedades, siempre desde la doble perspectiva que implica el juego de lo ético y lo personal, que bien podría llamarse como ya hiciera Rivers lo abstracto y lo concreto, aunque los matices de Marías implican una mayor afinación. En casi todos destaca el papel de guía que tienen los intercambios de Mendoza y Boscán, sobre los que se bordan detalles específicos, como «un análisis burlesco del “yo” y del “tú”, y de la relación que se establece entre ambos en las epístolas, y de la tendencia a la adulación y la vacuidad en los preámbulos» (245) en la

epístola de Montemayor a Ramírez Pagán, aunque es complicado saber de quién se ríe exactamente Montemayor y Marías concluye que quizás de sí mismo. Es muy significativo que el capítulo termine dedicando una decena de páginas a uno de los poetas más sólidos en asuntos epistolares, como lo es Diego Hurtado de Mendoza. El célebre embajador demuestra una amplia variedad en el entendimiento epistolar que lo separa del grupo de poetas que estudia Marías. Por sus cargos también Mendoza sirve de claro vínculo con lo cortesano, mundo donde las cartas son esenciales, aunque en el ámbito de la epístola en verso el terreno es mucho más literario, como resulta evidente. Pero, como destaca Marías, cinco de los destinatarios de estas nueve epístolas también desempeñan roles importantes en la administración imperial, desde su hermano Bernardino y el propio Gonzalo Pérez, hasta los otros tres embajadores. Marías demuestra el neto enlace horaciano en Mendoza desde la presentación autocrítica del emisor y por su ensoñadora defensa del conocido tópico del *aurea mediocritas*, y considera acertadamente muy difícil distinguir lo personal y lo heredado, pues «ambos polos se combinan y se sustentan» (289).

Las conclusiones se hacen eco tanto de la parte ética como de la autobiográfica. En la primera se constata la importancia de Horacio en las ideas epistolares, frente a una búsqueda de la influencia de Séneca. Parece inevitable, en ese campo sembrado por las minas de un Horacio que actúa muy a menudo como subtexto, que a pesar de los intentos por documentar las ideas filosóficas de la Antigüedad, estoicismo y epicureísmo fundamentalmente, sea Horacio quien se lleve la palma frente a Séneca, pues la materialización poética en que se vuelcan esas ideas prefiere, como resulta muy comprensible, la misma vía poética en los Siglos de Oro. De ahí la decepción que lleva a afirmar que las epístolas de Séneca «son el otro modelo clásico que uno esperaría encontrar con más frecuencia» (303). En cuanto a los rasgos autobiográficos se anota el choque entre literatura y realidad, con la importante diferencia en las epístolas españolas de que algunas sí tienen respuesta mientras las de Horacio no. Quizá sería conveniente recordar que la proyección autobiográfica tiene un carácter muy relativo, sobre todo en un entorno en el que dominan los tópicos petrarquistas, lo que no debería ocultar que también hay tópicos horacianos o epistolares.

Antes de una muy cumplida bibliografía, el volumen incluye en los anexos dos epístolas que no contaban con una «edición moderna íntegra» y que pueden recordar la que recuperó Juan Montero en 2005, en el homenaje a Cristóbal Cuevas, con solo 82 versos de críticas, literarias y personales, de Juan de Iranzo sobre Jorge de Montemayor. Las que edita Marías son más extensas, con más de doscientos versos cada una, y de dos de los poetas menos reconocidos entre los catorce estudiados: la «Respuesta de Juan Hurtado de Mendoza a Alvar Gómez de Castro» y la «Epístola de Eugenio de Salazar a Luis Hurtado de Mendoza».

Desde luego Marías no tiene problema alguno con el principal escollo de la mayoría de los trabajos que proceden de una Tesis Doctoral, pues no solo el estilo dista de ser indigesto, sino que la prosa es siempre elegante, neta, grata. También consigue conjugar una sólida erudición con una argumentación siempre motivada y comprensible, lo que no es un pequeño mérito. Entre los indudables y más palpables logros de *Conversaciones en verso*, más allá de la revitalización de los estudios epistolares

que es todo un éxito en sí mismo, destacaría la claridad de ideas que exhibe Marías al detenerse en los textos puramente epistolares —con la excepción de la compleja Elegía II de Garcilaso— lo que implica apartar valientemente (frente a las modas críticas) los textos «fronterizos» (reconducidos a la segunda tabla), el rescate de autores y textos oscuros o de difícil consulta en los anexos, la incorporación de los autores portugueses que escriben en castellano, la sistematización muy compleja por el número de elementos y por la variabilidad (o volatilidad) de los componentes de las epístolas, la reconstrucción de ambientes y emisores y destinatarios y contextos y los detenidos análisis de las doce epístolas del tercer capítulo. El enorme esfuerzo de documentación y clasificación es impresionante.

Afinando un poco más creo que este primer libro de Marías sobre la epístola en verso aporta de manera muy especial un conseguido intento de limitar el estudio del género a un buen puñado de autores y textos, algunos más conocidos y frecuentados por la crítica (Francisco Sá de Miranda, Garcilaso de la Vega, Diego Hurtado de Mendoza, Juan Boscán, Gutierre de Cetina, Jorge de Montemayor y Baltasar del Alcázar) que otros (Alonso Núñez de Reinoso, Tomas Gomes, Juan Hurtado de Mendoza, Diego Ramírez Pagán, Cristóbal de Tamariz, el Brocense y Eugenio de Salazar). Esa descompensación tiene sus ventajas, como es dibujar de un modo muy completo el panorama de la epístola en verso sin perderse en las consideraciones a las que obliga el estudio —tan frecuente— de solo los textos canónicos, pero también posee inconvenientes, al juntar los poemas geniales o influyentes con manifestaciones casi privadas o personales y no siempre conseguidas. La variedad es, con todo, muy positiva para trazar con autoridad las líneas y matices de la historia literaria, pero lo es menos para dibujar la evolución de un género si se consideran por igual los textos que el canon ha consagrado y los poemas que apenas han circulado o han quedado reducidos a un manuscrito. En todo caso, es fácil convenir con Marías en que cuando uno se adentra en un territorio solo parcialmente explorado lo mejor es cartografiarlo con el mayor detalle posible antes de tomar otras decisiones. Uno de los grandes méritos de un libro muy meritorio es conjugar con mucha sabiduría el aprovechamiento de los instrumentos y aportaciones que la tradición crítica ha ido creando a lo largo de casi setenta años de trabajos, desde que en 1954 Elias L. Rivers publicara su muy influyente artículo en *Hispanic Review*, y pasarlos por un muy necesario lavado de cara (como el del «shelf-fashioning», y aunque el término inglés no agrade a algunos oídos tampoco lo hará su versión española, la «auto-representación»), conjugar, decía, los estudios previos con la aspiración a refundar los estudios epistolares tanto desde la riqueza que aportan los textos apenas estudiados y desconocidos como desde la clara voluntad de dividir lo que tan costosamente se deja dividir, sobre todo a partir de una cronología tan imprecisa como las de estos catorce poetas y sus respectivos textos. Marías sale más que airosa de la prueba y abre un panorama fascinante.